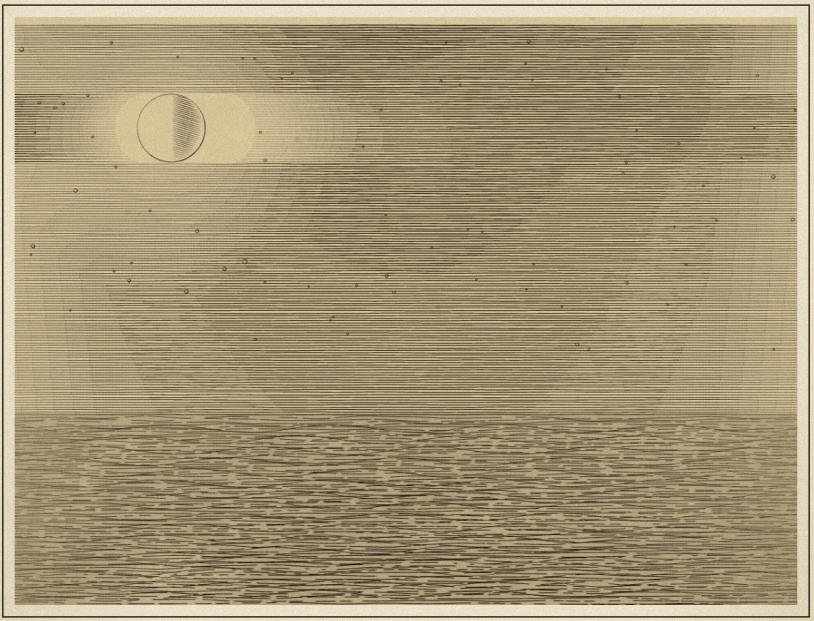
GÓNGORA: POLIFEMO Y SOLEDADES

Luis de Góngora



La lámpara encendida

MMXXVI

Góngora: Polifemo y Soledades

Luis de Góngora

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto de Luis de Góngora (escritos hacia 1612–1614, impresos en 1627).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Fábula de Polifemo y Galatea

Soledades: dedicatoria al duque de Béjar

Soledad primera

Soledad segunda

Fábula de Polifemo y Galatea

Estas que me dictó rimas sonoras, culta sí, aunque bucólica Talía, ¡oh excelso conde!, en las purpúreas horas que es rosas la alba y rosicler el día, ahora que de luz tu niebla doras, escucha, al son de la zampoña mía, si ya los muros no te ven, de Huelva, peinar el viento, fatigar la selva.

Templado, pula en la maestra mano el generoso pájaro su pluma, o tan mudo en la alcándara, que en vano aun desmentir al cascabel presuma; tascando haga el freno de oro, cano, del caballo andaluz la ociosa espuma; gima el lebrel en el cordón de seda, y al cuerno, al fin, la cítara suceda.

Treguas al ejercicio sean robusto, ocio atento, silencio dulce, en cuanto debajo escuchas de dosel augusto, del músico jayán el fiero canto. Alterna con las Musas hoy el gusto; que si la mía puede ofrecer tanto clarín (y de la Fama no segundo), tu nombre oirán los términos del mundo.

Donde espumoso el mar siciliano el pie argenta de plata al Lilibeo (bóveda o de las fraguas de Vulcano, o tumba de los huesos de Tifeo), pálidas señas cenizoso un llano — cuando no del sacrílego deseo — del duro oficio da. Allí una alta roca mordaza es a una gruta de su boca.

Guarnición tosca de este escollo duro troncos robustos son, a cuya greña menos luz debe, menos aire puro la caverna profunda, que a la peña; caliginoso lecho, el seno obscuro ser de la negra noche nos lo enseña infame turba de nocturnas aves, gimiendo tristes y volando graves.

De este, pues, formidable de la tierra bostezo, el melancólico vacío a Polifemo, horror de aquella sierra, bárbara choza es, albergue umbrío y redil espacioso donde encierra cuanto las cumbres ásperas cabrío, de los montes, esconde: copia bella que un silbo junta y un peñasco sella.

Un monte era de miembros eminente este que, de Neptuno hijo fiero, de un ojo ilustra el orbe de su frente, émulo casi del mayor lucero; cíclope, a quien el pino más valiente, bastón, le obedecía, tan ligero, y al grave peso junco tan delgado, que un día era bastón y otro cayado.

Negro el cabello, imitador undoso de las obscuras aguas del Leteo, al viento que lo peina proceloso, vuela sin orden, pende sin aseo; un torrente es su barba impetüoso, que (adusto hijo de este Pirineo) su pecho inunda, o tarde, o mal, o en vano surcada aun de los dedos de su mano.

No la Trinacria en sus montañas, fiera armó de crüeldad, calzó de viento, que redima feroz, salve ligera, su piel manchada de colores ciento; pellico es ya la que en los bosques era mortal horror al que con paso lento los bueyes a su albergue reducía, pisando la dudosa luz del día.

Cercado es (cuanto más capaz, más lleno) de la fruta, el zurrón, casi abortada, que el tardo otoño deja al blando seno de la piadosa hierba, encomendada; la serba, a quien le da rugas el heno, la pera, de quien fue cuna dorada la rubia paja, y — pálida tutora — la niega avara, y pródiga la dora.

Erizo es el zurrón, de la castaña, y (entre el membrillo o verde o datilado) de la manzana hipócrita, que engaña, a lo pálido no, a lo arrebolado, y, de la encina (honor de la montaña, que pabellón al siglo fue dorado) el tributo, alimento, aunque grosero, del mejor mundo, del candor primero.

Cera y cáñamo unió (que no debiera) cien cañas, cuyo bárbaro rüído, de más ecos que unió cáñamo y cera albogues, duramente es repetido. La selva se confunde, el mar se altera, rompe Tritón su caracol torcido, sordo huye el bajel a vela y remo; ¡tal la música es de Polifemo!

Ninfa, de Doris hija, la más bella adora, que vio el reino de la espuma. Galatea es su nombre, y dulce en ella el terno Venus de sus Gracias suma.

Son una y otra luminosa estrella lucientes ojos de su blanca pluma; si roca de cristal no es de Neptuno, pavón de Venus es, cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea la Alba entre lilios cándidos deshoja: duda el Amor cuál más su color sea, o púrpura nevada, o nieve roja. De su frente la perla es, eritrea, émula vana. El ciego dios se enoja, y, condenado su esplendor, la deja pender en oro al nácar de su oreja.

Invidia de las ninfas y cuidado de cuantas honra el mar deidades era; pompa del marinero niño alado que sin fanal conduce su venera. Verde el cabello, el pecho no escamado, ronco sí, escucha a Glauco la ribera inducir a pisar la bella ingrata, en carro de cristal, campos de plata.

Marino joven, las cerúleas sienes, del más tierno coral ciñe Palemo, rico de cuantos la agua engendra bienes, del Faro odioso al promontorio extremo; mas en la gracia igual, si en los desdenes perdonado algo más que Polifemo, de la que, aún no le oyó, y, calzada plumas, tantas flores pisó como él espumas.

Huye la ninfa bella; y el marino amante nadador, ser bien quisiera, ya que no áspid a su pie divino, dorado pomo a su veloz carrera; mas, ¿cuál diente mortal, cuál metal fino la fuga suspender podrá ligera

que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra delfín que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece, copa es de Baco, huerto de Pomona; tanto de frutas ésta la enriquece, cuanto aquél de racimos la corona. En carro que estival trillo parece, a sus campañas Ceres no perdona, de cuyas siempre fértiles espigas las provincias de Europa son hormigas.

A Pales su viciosa cumbre debe lo que a Ceres, y aún más, su vega llana; pues si en la una granos de oro llueve, copos nieva en la otra mil de lana.

De cuantos siegan oro, esquilan nieve, o en pipas guardan la exprimida grana, bien sea religión, bien amor sea, deidad, aunque sin templo, es Galatea.

Sin aras, no; que el margen donde para del espumoso mar su pie ligero, al labrador, de sus primicias ara, de sus esquilmos es al ganadero; de la Copia — a la tierra, poco avara — el cuerno vierte el hortelano, entero, sobre la mimbre que tejió, prolija, si artificiosa no, su honesta hija.

Arde la juventud, y los arados peinan las tierras que surcaron antes, mal conducidos, cuando no arrastrados de tardos bueyes, cual su dueño errantes; sin pastor que los silbe, los ganados los crujidos ignoran resonantes, de las hondas, si, en vez del pastor pobre, el céfiro no silba, o cruje el robre.

Mudo la noche el can, el día, dormido, de cerro en cerro y sombra en sombra yace. Bala el ganado; al mísero balido, nocturno el lobo de las sombras nace. Cébase; y fiero, deja humedecido en sangre de una lo que la otra pace.

¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño el silencio del can siga, y el sueño!

La fugitiva ninfa, en tanto, donde hurta un laurel su tronco al sol ardiente, tantos jazmines cuanta hierba esconde la nieve de sus miembros, da una fuente. Dulce se queja, dulce le responde un ruiseñor a otro, y dulcemente al sueño da sus ojos la armonía, por no abrasar con tres soles el día.

Salamandria del Sol, vestido estrellas, latiendo el Can del cielo estaba, cuando (polvo el cabello, húmidas centellas, si no ardientes aljófares, sudando) llegó Acis; y, de ambas luces bellas dulce Occidente viendo al sueño blando, su boca dio, y sus ojos cuanto pudo, al sonoro cristal, al cristal mudo.

Era Acis un venablo de Cupido, de un fauno, medio hombre, medio fiera, en Simetis, hermosa ninfa, habido; gloria del mar, honor de su ribera. El bello imán, el ídolo dormido, que acero sigue, idólatra venera, rico de cuanto el huerto ofrece pobre, rinden las vacas y fomenta el robre.

El celestial humor recién cuajado que la almendra guardó entre verde y seca, en blanca mimbre se lo puso al lado, y un copo, en verdes juncos, de manteca; en breve corcho, pero bien labrado, un rubio hijo de una encina hueca, dulcísimo panal, a cuya cera su néctar vinculó la primavera.

Caluroso, al arroyo da las manos, y con ellas las ondas a su frente, entre dos mirtos que, de espuma canos, dos verdes garzas son de la corriente. Vagas cortinas de volantes vanos corrió Favonio lisonjeramente a la de viento, cuando no sea cama de frescas sombras, de menuda grama.

La ninfa, pues, la sonorosa plata bullir sintió del arroyuelo apenas, cuando, a los verdes márgenes ingrata, segur se hizo de sus azucenas. Huyera; mas tan frío se desata un temor perezoso por sus venas, que a la precisa fuga, al presto vuelo, grillos de nieve fue, plumas de hielo.

Fruta en mimbres halló, leche exprimida en juncos, miel en corcho, mas sin dueño; si bien al dueño debe, agradecida, su deidad culta, venerado el sueño. A la ausencia mil veces ofrecida, este de cortesía no pequeño indicio la dejó — aunque estatua helada — más discursiva y menos alterada.

No al Cíclope atribuye, no, la ofrenda; no a sátiro lascivo, ni a otro feo morador de las selvas, cuya rienda el sueño aflija, que aflojó el deseo. El niño dios, entonces, de la venda, ostentación gloriosa, alto trofeo quiere que al árbol de su madre sea el desdén hasta allí de Galatea.

Entre las ramas del que más se lava en el arroyo, mirto levantado, carcaj de cristal hizo, si no aljaba, su blanco pecho, de un arpón dorado.

El monstro de rigor, la fiera brava, mira la ofrenda ya con más cuidado, y aun siente que a su dueño sea, devoto, confuso alcaide más, el verde soto.

Llamáralo, aunque muda, mas no sabe el nombre articular que más querría; ni lo ha visto, si bien pincel süave lo ha bosquejado ya en su fantasía.

Al pie — no tanto ya, del temor, grave — fía su intento; y, tímida, en la umbría cama de campo y campo de batalla, fingiendo sueño al cauto garzón halla.

El bulto vio y, haciéndolo dormido, librada en un pie toda sobre él pende (urbana al sueño, bárbara al mentido retórico silencio que no entiende); no el ave reina, así, el fragoso nido corona inmóvil, mientras no desciende — rayo con plumas — al milano pollo que la eminencia abriga de un escollo,

como la ninfa bella, compitiendo con el garzón dormido en cortesía, no sólo para, mas el dulce estruendo del lento arroyo enmudecer

querría. A pesar luego de las ramas, viendo colorido el bosquejo que ya había en su imaginación Cupido hecho con el pincel que le clavó su pecho,

de sitio mejorada, atenta mira, en la disposición robusta, aquello que, si por lo süave no la admira, es fuerza que la admire por lo bello. Del casi tramontado sol aspira a los confusos rayos, su cabello; flores su bozo es, cuyas colores, como duerme la luz, niegan las flores.

En la rústica greña yace oculto el áspid, del intonso prado ameno, antes que del peinado jardín culto en el lascivo, regalado seno; en lo viril desata de su vulto lo más dulce el Amor, de su veneno; bébelo Galatea, y da otro paso por apurarle la ponzoña al vaso.

Acis — aún más de aquello que dispensa la brújula del sueño vigilante —, alterada la ninfa esté o suspensa, Argos es siempre atento a su semblante, lince penetrador de lo que piensa, cíñalo bronce o múrelo diamante; que en sus paladiones Amor ciego, sin romper muros, introduce fuego.

El sueño de sus miembros sacudido, gallardo el joven la persona ostenta, y al marfil luego de sus pies rendido, el coturno besar dorado intenta. Menos ofende el rayo prevenido, al marinero, menos la tormenta prevista le turbó o pronosticada; Galatea lo diga, salteada.

Más agradable y menos zahareña, al mancebo levanta venturoso, dulce ya concediéndole y risueña, paces no al sueño, treguas sí al reposo. Lo cóncavo hacía de una peña a un fresco sitial dosel umbroso, y verdes celosías unas hiedras, trepando troncos y abrazando piedras.

Sobre una alfombra, que imitara en vano el tirio sus matices (si bien era de cuantas sedas ya hiló, gusano, y, artífice, tejió la Primavera) reclinados, al mirto más lozano, una y otra lasciva, si ligera, paloma se caló, cuyos gemidos — trompas de amor — alteran sus oídos.

El ronco arrullo al joven solicita; mas, con desvíos Galatea suaves, a su audacia los términos limita, y el aplauso al concento de las aves. Entre las ondas y la fruta, imita Acis al siempre ayuno en penas graves; que, en tanta gloria, infierno son no breve, fugitivo cristal, pomos de nieve.

No a las palomas concedió Cupido juntar de sus dos picos los rubíes, cuando al clavel el joven atrevido las dos hojas le chupa carmesíes. Cuantas produce Pafo, engendra Gnido, negras violas, blancos alhelíes, llueven sobre el que Amor quiere que sea tálamo de Acis ya y de Galatea.

Su aliento humo, sus relinchos fuego, si bien su freno espumas, ilustraba las columnas Etón que erigió el griego, do el carro de la luz sus ruedas lava, cuando, de amor el fiero jayán ciego, la cerviz oprimió a una roca brava, que a la playa, de escollos no desnuda, linterna es ciega y atalaya muda.

Árbitro de montañas y ribera, aliento dio, en la cumbre de la roca, a los albogues que agregó la cera, el prodigioso fuelle de su boca; la ninfa los oyó, y ser más quisiera breve flor, hierba humilde, tierra poca, que de su nuevo tronco vid lasciva, muerta de amor, y de temor no viva.

Mas — cristalinos pámpanos sus brazos — amor la implica, si el temor la anuda, al infelice olmo que pedazos la segur de los celos hará aguda. Las cavernas en tanto, los ribazos que ha prevenido la zampoña ruda, el trueno de la voz fulminó luego; ¡referidlo, Piérides, os ruego!

«¡Oh bella Galatea, más süave que los claveles que tronchó la aurora; blanca más que las plumas de aquel ave que dulce muere y en las aguas mora; igual en pompa al pájaro que, grave, su manto azul de tantos ojos dora cuantas el celestial zafiro estrellas!

¡Oh tú, que en dos incluyes las más bellas!

»Deja las ondas, deja el rubio coro de las hijas de Tetis, y el mar vea, cuando niega la luz un carro de oro, que en dos la restituye Galatea. Pisa la arena, que en la arena adoro cuantas el blanco pie conchas platea, cuyo bello contacto puede hacerlas, sin concebir rocío, parir perlas.

»Sorda hija del mar, cuyas orejas a mis gemidos son rocas al viento: o dormida te hurten a mis quejas purpúreos troncos de corales ciento, o al disonante número de almejas — marino, si agradable no, instrumento — coros tejiendo estés, escucha un día mi voz, por dulce, cuando no por mía.

»Pastor soy, mas tan rico de ganados, que los valles impido más vacíos, los cerros desparezco levantados y los caudales seco de los ríos; no los que, de sus ubres desatados, o derivados de los ojos míos, leche corren y lágrimas; que iguales en número a mis bienes son mis males.

»Sudando néctar, lambicando olores, senos que ignora aun la golosa cabra, corchos me guardan, más que abeja flores liba inquieta, ingeniosa labra; troncos me ofrecen árboles mayores, cuyos enjambres, o el abril los abra, o los desate el mayo, ámbar distilan y en ruecas de oro rayos del sol hilan.

»Del Júpiter soy hijo, de las ondas, aunque pastor; si tu desdén no espera a que el monarca de esas grutas hondas, en trono de cristal te abrace nuera, Polifemo te llama, no te escondas; que tanto esposo admira la ribera cual otro no vio Febo, más robusto, del perezoso Volga al Indo adusto.

»Sentado, a la alta palma no perdona su dulce fruto mi robusta mano; en pie, sombra capaz es mi persona de innumerables cabras el verano. ¿Qué mucho, si de nubes se corona por igualarme la montaña

en vano, y en los cielos, desde esta roca, puedo escribir mis desdichas con el dedo?

»Marítimo alción roca eminente sobre sus huevos coronaba, el día que espejo de zafiro fue luciente la playa azul, de la persona mía.

Miréme, y lucir vi un sol en mi frente, cuando en el cielo un ojo se veía; neutra el agua dudaba a cuál fe preste, o al cielo humano, o al cíclope celeste.

»Registra en otras puertas el venado sus años, su cabeza colmilluda la fiera cuyo cerro levantado, de helvecias picas es muralla aguda; la humana suya el caminante errado dio ya a mi cueva, de piedad desnuda, albergue hoy, por tu causa, al peregrino, do halló reparo, si perdió camino.

»En tablas dividida, rica nave besó la playa miserablemente, de cuantas vomitó riquezas grave, por las bocas del Nilo el Oriente. Yugo aquel día, y yugo bien süave, del fiero mar a la sañuda frente imponiéndole estaba (si no al viento dulcísimas coyundas) mi instrumento,

»cuando, entre globos de agua, entregar veo a las arenas ligurina haya, en cajas los aromas del Sabeo, en cofres las riquezas de Cambaya; delicias de aquel mundo, ya trofeo de Escila, que, ostentado en nuestra playa, lastimoso despojo fue dos días a las que esta montaña engendra arpías.

»Segunda tabla a un ginovés mi gruta de su persona fue, de su hacienda; la una reparada, la otra enjuta, relación del naufragio hizo horrenda. Luciente paga de la mejor fruta que en hierbas se recline, en hilos penda, colmillo fue del animal que el Ganges sufrir muros le vio, romper falanges;

»arco, digo, gentil, bruñida aljaba, obras ambas de artífice prolijo, y de Malaco rey a deidad Java alto don, según ya mi huésped dijo. De aquél la mano, de ésta el hombro agrava; convencida la madre, imita

al hijo: serás a un tiempo en estos horizontes Venus del mar, Cupido de los montes.»

Su horrenda voz, no su dolor interno, cabras aquí le interrumpieron, cuantas — vagas el pie, sacrílegas el cuerno — a Baco se atrevieron en sus plantas. Mas, conculcado el pámpano más tierno viendo el fiero pastor, voces él tantas, y tantas despidió la honda piedras, que el muro penetraron de las hiedras.

De los nudos, con esto, más süaves, los dulces dos amantes desatados, por duras guijas, por espinas graves solicitan el mar con pies alados; tal, redimiendo de importunas aves incauto meseguero sus sembrados, de liebres dirimió copia, así, amiga, que vario sexo unió y un surco abriga.

Viendo el fiero jayán, con paso mudo correr al mar la fugitiva nieve (que a tanta vista el líbico desnudo registra el campo de su adarga breve) y al garzón viendo, cuantas mover pudo celoso trueno, antiguas hayas mueve: tal, antes que la opaca nube rompa, previene rayo fulminante trompa.

Con violencia desgajó infinita, la mayor punta de la excelsa roca, que al joven, sobre quien la precipita, urna es mucha, pirámide no poca. Con lágrimas la ninfa solicita las deidades del mar, que Acis invoca; concurren todas, y el peñasco duro la sangre que exprimió, cristal fue puro.

Sus miembros lastimosamente opresos del escollo fatal fueron apenas, que los pies de los árboles más gruesos calzó el liquido aljófar de sus venas. Corriente plata al fin sus blancos huesos, lamiendo flores y argentando arenas, a Doris llega, que, con llanto pío, yerno lo saludó, lo aclamó río.

Soledades: dedicatoria al duque de Béjar

Pasos de un peregrino son, errante, cuantos me dictó versos dulce Musa en soledad confusa, perdidos unos, otros inspirados.

¡O tú que de venablos impedido — muros de abeto, almenas de diamante —, bates los montes que de nieve armados gigantes de cristal los teme el cielo, donde el cuerno, del eco repetido, fieras te expone, que — al teñido suelo, muertas, pidiendo términos disformes — espumoso coral le dan al Tormes!: arrima a un frexno el frexno, cuyo acero, sangre sudando, en tiempo hará breve purpurear la nieve; y, en cuanto da el solícito montero, al duro robre, al pino levantado — émulos vividores de las peñas — las formidables señas del oso que aun besaba, atravesado, la asta de tu luciente jabalina, — o lo sagrado supla de la encina lo Augusto del dosel, o de la fuente la alta cenefa, lo majestuoso del sitial a tu Deidad debido —, ¡o Duque esclarecido!

Templa en sus ondas tu fatiga ardiente, y, entregados tus miembros al reposo sobre el de grama césped, no desnudo, déjate un rato hallar del pie acertado que sus errantes pasos ha votado a la real cadena de tu escudo.

Honre suave, generoso nudo, libertad, de Fortuna perseguida; que, a tu piedad Euterpe agradecida, su canoro dará dulce instrumento, cuando la Fama no su trompa al viento.

Soledad primera

Era del año la estación florida en que el mentido robador de Europa — media luna las armas de su frente, y el Sol todos los rayos de su pelo —, luciente honor del cielo, en campos de zafiro pace estrellas, cuando el que ministrar podía la copa a Júpiter mejor que el garzón de Ida, — náufrago y desdeñado, sobre ausente —, lagrimosas de amor dulces querellas da al mar; que condolido, fue a las ondas, fue al viento el mísero gemido, segundo de Arión dulce instrumento.

Del siempre en la montaña opuesto pino al enemigo Noto piadoso miembro roto — breve tabla — delfín no fue pequeño al inconsiderado peregrino que a una Libia de ondas su camino fió, y su vida a un leño.

Del Océano, pues, antes sorbido, y luego vomitado no lejos de un escollo coronado de secos juncos, de calientes plumas — alga todo y espumas — halló hospitalidad donde halló nido de Júpiter el ave.

Besa la arena, y de la rota nave aquella parte poca que le expuso en la playa dio a la roca; que aun se dejan las peñas lisonjear de agradecidas señas.

Desnudo el joven, cuanto ya el vestido océano ha bebido restituir le hace a las arenas; y al Sol le extiende luego, que, lamiéndole apenas su dulce lengua de templado fuego, lento lo embiste, y con suave estilo la menor onda chupa al menor hilo.

No bien, pues, de su luz los horizontes — que hacían desigual, confusamente, montes de agua y piélagos de montes — desdorados los siente, cuando — entregado el mísero extranjero en lo que ya del mar redimió fiero — entre espinas crepúsculos pisando, riscos que aun

igualara mal, volando, veloz, intrépida ala, — menos cansado que confuso — escala.

Vencida al fin la cumbre — del mar siempre sonante, de la muda campaña árbitro igual e inexpugnable muro —, con pie ya más seguro declina al vacilante breve esplendor de mal distinta lumbre: farol de una cabaña que sobre el ferro está, en aquel incierto Golfo de sombras anunciando el puerto.

«Rayos — les dice — ya que no de Leda trémulos hijos, sed de mi fortuna término luminoso.»

Y — recelando de invidiosa bárbara arboleda interposición, cuando de vientos no conjuración alguna — cual, haciendo el villano la fragosa montaña fácil llano, atento sigue aquella — aun a pesar de las tinieblas bella, aun a pesar de las estrellas clara — piedra, indigna tiara — si tradición apócrifa no miente — de animal tenebroso cuya frente carro es brillante de nocturno día: tal, diligente, el paso el joven apresura, midiendo la espesura con igual pie que el raso, fijo — a despecho de la niebla fría — en el carbunclo, Norte de su aguja, o el Austro brame o la arboleda cruja.

El can ya, vigilante, convoca, despidiendo al caminante; y la que desviada luz poca pareció, tanta es vecina, que yace en ella la robusta encina, mariposa en cenizas desatada. Llegó, pues, el mancebo, y saludado, sin ambición, sin pompa de palabras, de los conducidores fue de cabras, que a Vulcano tenían coronado:

«¡oh bienaventurado albergue a cualquier hora, templo de Pales, alquería de Flora!

No moderno artificio borró designios, bosquejó modelos, al cóncavo ajustando de los cielos el sublime edificio; retamas sobre robre tu fábrica son pobre, do guarda, en vez de acero, la inocencia al cabrero más que el silbo al ganado.

¡Oh bienaventurado albergue a cualquier hora!»No en ti la ambición mora hidrópica de viento, ni la que su alimento el áspid es gitano; no la que, en bulto comenzando humano, acaba en mortal fiera, esfinge bachillera, que hace hoy a Narciso ecos solicitar, desdeñar fuentes; ni la que en salvas gasta impertinentes la pólvora del tiempo más preciso: ceremonia profana que la sinceridad burla villana sobre el corvo cayado.

¡Oh bienaventurado albergue a cualquier hora!»Tus umbrales ignora la adulación, Sirena de reales palacios, cuya arena besó ya tanto leño: trofeos dulces de un canoro sueño, no a la soberbia está aquí la mentira dorándole los pies, en cuanto gira la esfera de sus plumas, ni de los rayos baja a las espumas favor de cera alado.

¡Oh bienaventurado albergue a cualquier hora!» No, pues, de aquella sierra — engendradora más de fierezas que de cortesía — la gente parecía que hospedó al forastero con pecho igual de aquel candor primero, que, en las selvas contento, tienda el frexno le dio, el robre alimento.

Limpio sayal en vez de blanco lino cubrió el cuadrado pino; y en boj, aunque rebelde, a quien el torno Forma elegante dio sin culto adorno, leche que exprimir vio la Alba aquel día — mientras perdían con ella los blancos lilios de su frente bella —, gruesa le dan y fría, impenetrable casi a la cuchara, del viejo Alcimedón invención rara.

El que de cabras fue dos veces ciento esposo casi un lustro — cuyo diente no perdonó a racimo aun en la frente de Baco, cuanto más en su sarmiento (triunfador siempre de celosas lides, le coronó el Amor; mas rival tierno, breve de barba y duro no de cuerno, redimió con su muerte tantas vides) —, Servido ya en cecina, purpúreos hilos es de grana fina.

Sobre corchos después, más regalado sueño le solicitan pieles blandas que al Príncipe entre Holandas púrpura Tiria o Milanés bro-

cado. No de humosos vinos agravado es Sísifo en la cuesta, si en la cumbre de ponderosa vana pesadumbre es, cuanto más despierto, más burlado.

De trompa militar no, o destemplado son de cajas, fue el sueño interrumpido; de can sí, embravecido contra la seca hoja que el viento repeló a alguna coscoja.

Durmió, y recuerda al fin cuando las aves — esquilas dulces de sonora pluma señas dieron suaves del Alba al Sol, que el pabellón de espuma dejó, y en su carroza rayó el verde obelisco de la choza.

Agradecido, pues, el peregrino, deja el albergue y sale acompañado de quien lo lleva donde, levantado, distante pocos pasos del camino, imperioso mira la campaña un escollo, apacible galería, que festivo teatro fue algún día de cuantos pisan, Faunos, la montaña.

Llegó, y a vista tanta obedeciendo la dudosa planta, inmóvil se quedó sobre un lentisco, verde balcón del agradable risco. Si mucho poco mapa le despliega, mucho es más lo que, nieblas desatando, confunde el Sol y la distancia niega.

Muda la admiración, habla callando, y, ciega, un río sigue, que — luciente de aquellos montes hijo — con torcido discurso, aunque prolijo, tiraniza los campos útilmente; orladas sus orillas de frutales, si de flores, tomadas no, a la Aurora, derecho corre, mientras no revoca los mismos autos el de sus cristales; huye un trecho de sí, y se alcanza luego; desvíase y, buscando sus desvíos, errores dulces, dulces desvaríos, hacen sus aguas con lascivo fuego; engazando edificios en su plata, de quintas coronado se dilata majestuosamente — en brazos dividido, caudalosos, de islas que paréntesis frondosos al período son de su corriente — de la alta gruta donde se desata Hasta los jaspes líquidos, adonde su orgullo pierde y su memoria esconde.

«Aquellas que los árboles apenas dejan ser torres hoy — dijo el cabrero con muestras de dolor extraordinarias — las estrellas nocturnas luminarias eran de sus almenas, cuando el que ves sayal fue limpio acero.

Yacen ahora, y sus desnudas piedras visten piadosas yedras: que a ruinas y a estragos, sabe el tiempo hacer verdes halagos.»

Con gusto el joven y atención le oía, cuando torrente de armas y de perros, que si precipitados no los cerros las personas tras de un lobo traía, tierno discurso y dulce compañía dejar hizo al serrano, que — del sublime espacioso llano al huésped al camino reduciendo — Al venatorio estruendo, pasos dando veloces, número crece y multiplica voces.

Bajaba entre sí el joven admirando armado a Pan o semicapro a Marte, en el pastor mentidos, que con arte culto principio dio al discurso cuando rémora de sus pasos fue su oído, dulcemente impedido de canoro instrumento, que pulsado era de una serrana junto a un tronco, sobre un arroyo, de quejarse ronco, mudo sus ondas, cuando no enfrenado.

Otra con ella montaraz zagala juntaba el cristal líquido al humano por el arcaduz bello de una mano que al uno menosprecia, al otro iguala. Del verde margen otra las mejores rosas traslada y lilios al cabello, o por lo matizado o por lo bello, si Aurora no con rayos, Sol con flores.

Negras pizarras entre blancos dedos ingeniosa hiere otra, que dudo que aun los peñascos la escucharan quedos. Al son, pues, deste rudo sonoroso instrumento, — lasciva el movimiento, mas los ojos honesta — altera otra, bailando, la floresta.

Tantas al fin el arroyuelo, y tantas montañesas da el prado, que dirías ser menos las que verdes Hamadrías abortaron las plantas: inun-

dación hermosa que la montaña hizo populosa de sus aldeas todas a pastorales bodas.

De una encina embebido en lo cóncavo, el joven mantenía la vista de hermosura, y el oído de métrica armonía.

El Sileno buscaba de aquellas que la sierra dio Bacantes, — ya que Ninfas las niega ser errantes el hombro sin aljaba —; o si — del Termodonte émulo del arroyuelo desatado de aquel fragoso monte — escuadrón de Amazonas desarmado tremola en sus riberas pacíficas banderas.

Vulgo lascivo erraba — al voto del mancebo, el yugo de ambos sexos sacudido — al tiempo que — de flores impedido el que ya serenaba la región de su frente rayo nuevo — purpúrea terneruela, conducida de su madre, no menos enramada entre albogues se ofrece, acompañada de juventud florida.

Cuál dellos las pendientes sumas graves de negras baja, de crestadas aves, cuyo lascivo esposo vigilante doméstico es del Sol nuncio canoro, y — de coral barbado — no de oro ciñe, sino de púrpura, turbante.

Quién la cerviz oprime con la manchada copia de los cabritos más retozadores, tan golosos, que gime el que menos peinar puede las flores de su guirnalda propia.

No el sitio, no, fragoso, no el torcido taladro de la tierra, privilegió en la sierra la paz del conejuelo temeroso: Trofeo ya su número es a un hombro, si carga no y asombro.

Tú, ave peregrina, arrogante esplendor — ya que no bello — del último Occidente: penda el rugoso nácar de tu frente sobre el crespo zafiro de tu cuello, que Himeneo a sus mesas te destina.

Sobre dos hombros larga vara ostenta en cien aves cien picos de rubíes, tafiletes calzadas carmesíes, emulación y afrenta aun de los

Berberiscos, en la inculta región de aquellos riscos.

Lo que lloró la Aurora — si es néctar lo que llora —, y antes que el Sol enjuga la abeja que madruga a libar flores y a chupar cristales, en celdas de oro líquido, en panales la orza contenía que un montañés traía.

No excedía la oreja el pululante ramo del ternezuelo gamo, que mal llevar se deja y con razón: que el tálamo desdeña la sombra aun de lisonja tan pequeña.

El arco del camino, pues, torcido, — que habían con trabajo por la fragosa cuerda del atajo las gallardas serranas desmentido —, de la cansada juventud vencido, — los fuertes hombros con las cargas graves, Treguas hechas suaves — Sueño le ofrece a quien buscó descanso el ya sañudo arroyo, ahora manso: merced de la hermosura que ha hospedado, efectos, si no dulces, del concento que, en las lucientes de marfil clavijas, las duras cuerdas de las negras guijas hicieron a su curso acelerado, en cuanto a su furor perdonó el viento.

Menos en renunciar tardó la encina el extranjero errante, que en reclinarse el menos fatigado sobre la grana que se viste fina su bella amada, deponiendo amante en las vestidas rosas su cuidado. Saludólos a todos cortésmente, y — admirado no menos de los serranos que correspondido — las sombras solicita de unas peñas.

De lágrimas los tiernos ojos llenos, reconociendo el mar en el vestido — que beberse no pudo el Sol ardiente las que siempre dará cerúleas señas —, político serrano, de canas grave, habló desta manera:

«¿cuál tigre, la más fiera que clima infamó Hircano, dio el primer alimento al que — ya deste o del aquel mar — primero surcó, labrador fiero, el campo undoso en mal nacido pino, vaga Clicie del viento, en telas hecho — antes que en flor — el lino?

Más armas introdujo este marino monstruo, escamado de robustas hayas, a las que tanto mar divide playas, que confusión y fuego al Frigio muro el otro leño Griego.»Náutica industria investigó tal piedra, que, cual abraza yedra escollo, el metal ella fulminante de que Marte se viste y, lisonjera, solicita el que más brilla diamante en la nocturna capa de la esfera, estrella a nuestro Polo más vecina; y, con virtud no poca, distante le revoca, elevada la inclina ya de la Aurora bella al rosado balcón, ya a la que sella cerúlea tumba fría las cenizas del día.

»En ésta, pues, fiándose atractiva, del Norte amante dura, alado roble, no hay tormentoso cabo que no doble, ni isla hoy a su vuelo fugitiva.»Tifis el primer leño mal seguro condujo, muchos luego Palinuro; si bien por un mar ambos, que la tierra estanque dejó hecho, cuyo famoso estrecho una y otra, de Alcides, llave cierra.

»Piloto hoy la Codicia, no de errantes árboles, mas de selvas inconstantes, al padre de las aguas Oceano, — de cuya monarquía el Sol, que cada día nace en sus ondas, y en sus ondas muere, los términos saber todos no quiere — dejó primero de su espuma cano, sin admitir segundo en inculcar sus límites al mundo.

»Abetos suyos tres aquel tridente violaron a Neptuno, conculcado hasta allí de otro ninguno, besando las que al Sol el Occidente le corre, en lecho azul de aguas marinas, turquesadas cortinas.»A pesar luego de áspides volantes, — sombra del Sol y tósigo del viento — de Caribes flechados, sus banderas siempre gloriosas, siempre tremolantes, rompieron los que armó de plumas ciento lestrigones el istmo, aladas fieras: el istmo que al Océano divide y — sierpe de cristal — juntar le impide la cabeza del Norte coronada con la que ilustra el Sur, cola escamada de Antárticas estrellas.

»Segundos leños dio a segundo Polo en nuevo mar, que le rindió no sólo las blancas hijas de sus conchas bellas, mas los que lograr bien no supo Midas metales homicidas.»No le bastó después a este

elemento conducir Orcas, alistar Ballenas, murarse de montañas espumosas, infamar blanqueando sus arenas con tantas del primer atrevimiento señas — aun a los buitres lastimosas —, para con estas lastimosas señas temeridades enfrenar segundas.

»Tú, Codicia, tú, pues, de las profundas estigias aguas torpe marinero, cuantos abre sepulcros el mar fiero a tus huesos, desdeñas.»El Promontorio que Eolo sus rocas candados hizo de otras nuevas grutas para el Austro de alas nunca enjutas, para el Cierzo expirante por cien bocas, doblaste alegre, y tu obstinada entena cabo le hizo de Esperanza Buena.

Tantos luego Astronómicos presagios frustrados, tanta Náutica doctrina, debajo de la Zona aun más vecina al Sol, calmas vencidas y naufragios, los reinos de la Aurora al fin besaste, cuyos purpúreos senos perlas netas, cuyas minas secretas hoy te guardan su más precioso engaste; la aromática selva penetraste que al pájaro de Arabia — cuyo vuelo arco alado es del cielo, no corvo, mas tendido — pira le erige, y le construye nido.

»Zodíaco después fue cristalino a glorioso pino, émulo vago del ardiente coche del Sol, este elemento, que cuatro veces había sido ciento dosel al día y tálamo a la noche, cuando halló de fugitiva plata la bisagra, aunque estrecha, abrazadora de un Océano y otro siempre uno, o las columnas bese o la escarlata, tapete de la Aurora.

»Ésta, pues, nave ahora, en el húmido templo de Neptuno varada pende a la inmortal memoria con nombre de Victoria.»De firmes islas no la inmóvil flota en aquel mar del Alba te describo, cuyo número — ya que no lascivo — por lo bello agradable y por lo vario la dulce confusión hacer podía que en los blancos estanques del Eurota la virginal desnuda montería, haciendo escollos o de mármol Pario o de terso marfil sus miembros bellos, que pudo bien Acteón perderse en ellos.

»El bosque dividido en islas pocas, fragante productor de aquel aroma — que, traducido mal por el Egito, tarde le encomendó el Nilo a sus bocas, y ellas más tarde a la gulosa Grecia —, clavo no, espuela sí del apetito — que cuanto en conocello tardó Roma fue templado Catón, casta Lucrecia —, quédese, amigo, en tan inciertos mares, donde con mi hacienda del alma se quedó la mejor prenda, cuya memoria es buitre de pesares.»

En suspiros con esto, y en más anegó lágrimas el resto de su discurso el montañés prolijo, que el viento su caudal, el mar su hijo.

Consolallo pudiera el peregrino con las de su edad corta historias largas, si — vinculados todos a sus cargas, cual próvidas hormigas a sus mieses — no comenzaran ya los montañeses a esconder con el número el camino, y el cielo con el polvo.

Enjugó el viejo del tierno humor las venerables canas, y levantando al forastero, dijo:

«cabo me han hecho, hijo, de este hermoso tercio de serranas; si tu neutralidad sufre consejo, y no te fuerza obligación precisa, la piedad que en mi alma ya te hospeda hoy te convida al que nos guarda sueño política alameda, verde muro de aquel lugar pequeño que, a pesar de esos frexnos, se divisa;

sigue la femenil tropa conmigo: verás curioso y honrarás testigo el tálamo de nuestros labradores, que de tu calidad señas mayores me dan que del Océano tus paños, o razón falta donde sobran años.» Mal pudo el extranjero agradecido en tercio tal negar tal compañía y en tan noble ocasión tal hospedaje.

Alegres pisan la que, si no era de chopos calle y de álamos carrera, el fresco de los céfiros ruido, el denso de los árboles celaje, en duda ponen cuál mayor hacía guerra al calor o resistencia al día.

Coros tejiendo, voces alternando, sigue la dulce escuadra montañesa del perezoso arroyo el paso lento, en cuanto él hurta blando, entre los olmos que robustos besa, pedazos de cristal, que el movimiento libra en la falda, en el coturno ella de la columna bella, ya que celosa basa, dispensadora del cristal no escasa.

Sirenas de los montes su concento, a las que menos del sañudo viento pudiera antigua planta temer ruina o recelar fracaso, pasos hiciera dar el menor paso de su pie o su garganta.

Pintadas aves — cítaras de pluma — coronaban la bárbara capilla, mientras el arroyuelo para oílla hace de blanca espuma tantas orejas cuantas guijas lava, de donde es fuente a donde arroyo acaba.

Vencedores se arrogan los serranos los consignados premios otro día, ya al formidable salto, ya a la ardiente lucha, ya a la carrera polvorosa.

El menos ágil, cuantos comarcanos convoca el caso, él solo desafia, consagrando los palios a su esposa, que a mucha fresca rosa beber el sudor hace de su frente, mayor aún del que espera en la lucha, en el salto, en la carrera.

Centro apacible un círculo espacioso a más caminos que una estrella rayos, hacía, bien de pobos, bien de alisos, donde la Primavera, — calzada Abriles y vestida Mayos — centellas saca de cristal undoso a un pedernal orlado de Narcisos.

Este pues centro era meta umbrosa al vaquero convecino, y delicioso término al distante, donde, aun cansado más que el caminante concurría el camino. Al concento se abaten cristalino sedientas las serranas, cual simples codornices al reclamo que les miente la voz, y verde cela, entre la no espigada mies, la tela.

Músicas hojas viste el menor ramo del álamo que peina verdes canas; no céfiros en él, no ruiseñores lisonjear pudieron breve rato al

montañés, que — ingrato al fresco, a la armonía y a las flores — del sitio pisa ameno la fresca hierba, cual la arena ardiente de la Libia, y a cuantas da la fuente Sierpes de aljófar, aun mayor veneno que a las del Ponto, tímido atribuye, según el pie, según los labios huye.

Pasaron todos, pues, y regulados cual en los Equinoccios surcar vemos los piélagos del aire libre algunas volantes no galeras, sino grullas veleras, tal vez creciendo, tal menguando lunas sus distantes extremos, caracteres tal vez formando alados en el papel diáfano del cielo las plumas de su vuelo.

Ellas en tanto en bóvedas de sombras, pintadas siempre al fresco, cubren las que Sidón telar Turquesco no ha sabido imitar, verdes alfombras.

Apenas reclinaron la cabeza, cuando, en número iguales y en belleza, los márgenes matiza de las fuentes segunda Primavera de villanas, que — parientas del novio aun más cercanas que vecinos sus pueblos — de presentes prevenidas, concurren a las bodas.

Mezcladas hacen todas teatro dulce — no de escena muda — el apacible sitio: espacio breve en que, a pesar del Sol, cuajada nieve, y nieve de colores mil vestida, la sombra vio florida en la hierba menuda.

Viendo pues que igualmente les quedaba para el lugar a ellas de camino lo que al Sol para el lóbrego Occidente, cual de aves se caló turba canora a robusto nogal que acequia lava en cercado vecino, cuando a nuestros Antípodas la Aurora las rosas gozar deja de su frente:

Tal sale aquella que sin alas vuela hermosa escuadra con ligero paso, haciéndole atalayas del Ocaso cuantos humeros cuenta la aldehuela.

El lento escuadrón luego alcanzan de serranos; y disolviendo allí la compañía, al pueblo llegan con la luz que el día cedió al sacro Volcán de errante fuego, a la torre, de luces coronada, que el templo ilustra, y a los aires vanos Artificiosamente da exhalada luminosas de Pólvora saetas, purpúreos no cometas.

Los fuegos, pues, el joven solemniza, mientras el viejo tanta acusa Tea al de las bodas dios, no alguna sea de nocturno Faetón carroza ardiente, y miserablemente campo amanezca estéril de ceniza la que anocheció aldea.

De Alcides le llevó luego a las plantas, que estaban, no muy lejos, trenzándose el cabello verde a cuantas da el fuego luces y el arroyo espejos.

Tanto garzón robusto, tanta ofrecen los álamos zagala, que abreviara el Sol en una estrella, por ver la menos bella, cuantos saluda rayos el Bengala, del Ganges cisne adusto.

La gaita al baile solicita el gusto, a la voz el psalterio; cruza el Trión más fijo el Hemisferio, y el tronco mayor danza en la ribera; el Eco, voz ya entera, no hay silencio a que pronto no responda; fanal es del arroyo cada onda, luz el reflejo, la agua vidriera.

Términos le da el sueño al regocijo, mas al cansancio no: que el movimiento verdugo de las fuerzas es prolijo.

Los fuegos — cuyas lenguas ciento a ciento desmintieron la noche algunas horas, cuyas luces, del Sol competidoras, fingieron día en la tiniebla oscura — murieron, y en sí mismos sepultados, sus miembros en cenizas desatados piedras son de su misma sepultura.

Vence la noche al fin, y triunfa mudo el silencio, aunque breve, del ruido: sólo gime ofendido el sagrado laurel del hierro agudo: deja de su esplendor, deja desnudo de su frondosa pompa al verde aliso el golpe no remiso del villano membrudo; el que resistir pudo al ani-

moso Austro, al Euro ronco, chopo gallardo — cuyo liso tronco papel fue de pastores, aunque rudo — a revelar secretos va a la aldea, que impide Amor que aun otro chopo lea.

Estos árboles, pues, ve la mañana Mentir florestas y emular viales cuantos muró de líquidos cristales agricultura urbana. Recordó al Sol, no, de su espuma cana, la dulce de las aves armonía, sino los dos topacios que batía, — orientales aldabas — Himeneo.

Del carro, pues, Febeo el luminoso tiro, mordiendo oro, el eclíptico zafiro Pisar quería, cuando el populoso lugarillo, el serrano con su huésped, que admira cortesano, — a pesar del estambre y de la seda — el que tapiz frondoso tejió de verdes hojas la arboleda, y los que por las calles espaciosas fabrican arcos, rosas: oblicuos nuevos, pénsiles jardines, de tantos como violas jazmines.

Al galán novio el montañés presenta su forastero; luego al venerable padre de la que en sí bella se esconde con ceño dulce y con silencio afable, beldad parlera, gracia muda ostenta: cual del rizado verde botón donde abrevia su hermosura virgen rosa, las cisuras cairela un color que la púrpura que cela por brújula concede vergonzosa.

Digna la juzga esposa de un Héroe, si no Augusto, esclarecido, el joven, al instante arrebatado a la que, naufragante y desterrado lo condenó a su olvido.

Este, pues, Sol que a olvido lo condena, cenizas hizo las que su memoria negras plumas vistió, que infelizmente sordo engendran gusano, cuyo diente, minador antes lento de su gloria, inmortal arador fue de su pena.

Y en la sombra no más de la azucena, que del clavel procura acompañada imitar en la bella labradora el templado color de la que adora, víbora pisa tal el pensamiento, que el alma, por los ojos desatada, señas diera de su arrebatamiento si de zampoñas ciento y

de otros, aunque bárbaros, sonoros Instrumentos, no, en dos festivos coros, vírgenes bellas, jóvenes lucidos, llegaran conducidos.

El numeroso al fin de labradores concurso impaciente los novios saca: él, de años floreciente, y de caudal más floreciente que ellos; ella, la misma pompa de las flores, la esfera misma de los rayos bellos.

El lazo de ambos cuellos entre un lascivo enjambre iba de amores Himeneo añudando, mientras invocan su Deidad la alterna de zagalejas cándidas voz tierna y de garzones este acento blando:

«ven, Himeneo, ven donde te espera con ojos y sin alas un Cupido, cuyo cabello intonso dulcemente niega el vello que el bulto ha colorido: el vello, flores de su Primavera, y rayos el cabello de su frente.

Niño amó la que adora adolescente, villana Psiques, Ninfa labradora de la tostada Ceres. Ésta, ahora, en los inciertos de su edad segunda crepúsculos, vincule tu coyunda a su ardiente deseo. Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.»

«Ven, Himeneo, donde, entre arreboles de honesto rosicler, previene el día, — Aurora de sus ojos soberanos — virgen tan bella, que hacer podría tórrida la Noruega con dos Soles y blanca la Etiopía con dos manos.

Claveles del Abril, rubíes tempranos, cuantos engasta el oro del cabello, cuantas — del uno ya y del otro cuello cadenas — la concordia engarza rosas, de sus mejillas, siempre vergonzosas, purpúreo son trofeo ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.»

«Ven, Himeneo, y plumas no vulgares al aire los hijuelos den alados de las que el bosque bellas Ninfas cela; de sus carcajes, éstos, argentados, flechen mosquetas, nieven azahares; vigilantes aquéllos, la aldehuela rediman del que más o tardo vuela, o infausto gime, pájaro

nocturno; mudos coronen otros por su turno el dulce lecho conyugal, en cuanto lasciva abeja al virginal acanto néctar le chupa Hibleo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.» «Ven, Himeneo, y las volantes pías, que azules ojos con pestañas de oro sus plumas son, conduzgan alta diosa, gloria mayor del soberano coro.

Fíe tus nudos ella, que los días disuelvan tarde en senectud dichosa; y la que Juno es hoy a nuestra esposa, casta Lucina — en lunas desiguales — tantas veces repita sus umbrales, que Níobe inmortal la admire el mundo, no en blanco mármol, por su mal fecundo, escollo hoy del Leteo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.»

«Ven, Himeneo, y nuestra agricultura de copia tal a estrellas deba amigas progenie tan robusta, que su mano toros dome, y de un rubio mar de espigas Inunde liberal la tierra dura; y al verde, joven, floreciente llano blancas ovejas suyas hagan, cano, en breves horas caducar la hierba; oro le expriman líquido a Minerva, y — los olmos casando con las vides — mientras coronan pámpanos a Alcides clava empuñe Lieo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.» «Ven, Himeneo, y tantas le dé a Pales cuantas a Palas dulces prendas esta apenas hija hoy, madre mañana.

De errantes lilios unas la floresta cubran: corderos mil, que los cristales vistan del río en breve undosa lana; de Aracnes otras la arrogancia vana modestas acusando en blancas telas, no los hurtos de Amor, no las cautelas de Júpiter compulsen: que, aun en lino, ni a la pluvia luciente de oro fino, ni al blanco cisne creo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo.» El dulce alterno canto a sus umbrales revocó felices los novios, del vecino templo santo. Del yugo

aún no domadas las cervices, novillos —breve término surcado— restituyen así el pendiente arado al que pajizo albergue los aguarda.

Llegaron todos, pues, y, con gallarda civil magnificencia, el suegro anciano, cuantos la sierra dio, cuantos dio el llano, labradores convida a la prolija rústica comida que sin rumor previno en mesas grandes.

Ostente crespas, blancas esculturas artífice gentil de dobladuras en los que Damascó manteles Flandes, mientras casero lino Ceres tanta ofrece ahora, cuantos guardó el heno dulces pomos, que al curso de Atalanta fueran dorado freno.

Manjares que el veneno y el apetito ignoran igualmente les sirvieron, y en oro, no, luciente, confuso Baco, ni en bruñida plata su néctar les desata, sino en vidrio topacios carmesíes y pálidos rubíes.

Sellar del fuego quiso regalado los gulosos estómagos el rubio imitador suave de la cera quesillo —dulcemente apremiado de rústica, vaquera, blanca, hermosa mano, cuyas venas la distinguieron de la leche apenas—; mas ni la encarcelada nuez esquiva, ni el membrillo pudieran anudado, si la sabrosa oliva no serenara el Bacanal diluvio.

Levantadas las mesas, al canoro son de la Ninfa un tiempo, ahora caña, seis de los montes, seis de la campaña —sus espaldas rayando el sutil oro que negó al viento el nácar bien tejido—, terno de gracias bello, repetido cuatro veces en doce labradoras, entró bailando numerosamente; y dulce Musa entre ellas —si consiente bárbaras el Parnaso moradoras—.

«Vivid felices —dijo— largo curso de edad nunca prolijo; y si prolijo, en nudos amorosos siempre vivid, Esposos. Venza no sólo en su candor la nieve, mas plata en su esplendor sea cardada cuanto estambre vital Cloto os traslada de la alta fatal rueca al huso breve.

»Sean de la Fortuna aplausos la respuesta de vuestras granjerías.

A la reja importuna, a la azada molesta fecundo os rinda — en desiguales días — el campo agradecido oro trillado y néctar exprimido.»Sus morados cantuesos, sus copadas encinas la montaña contar antes deje que vuestras cabras, siempre errantes, que vuestras vacas, tarde o nunca herradas.

Corderillos os brote la ribera, que la hierba menuda y las perlas exceda del rocío su número, y del río la blanca espuma, cuantos la tijera vellones les desnuda.»Tantos de breve fábrica, aunque ruda Albergues vuestros las abejas moren, y Primaveras tantas os desfloren, que — cual la Arabia madre ve de aromas sacros troncos sudar fragantes gomas — vuestros corchos por uno y otro poro en dulce se desaten líquido oro.

»Próspera al fin, mas no espumosa tanto vuestra fortuna sea, que alimenten la invidia en vuestra aldea áspides más que en la región del llanto. Entre opulencias y necesidades medianías vinculen competentes a vuestros descendientes, — previniendo ambos daños — las edades.

Ilustren obeliscos las ciudades, a los rayos de Júpiter expuesta — aún más que a los de Febo — su corona, cuando a la choza pastoral perdona el cielo, fulminando la floresta.»Cisnes, pues, una y otra pluma, en esta Tranquilidad os halle labradora la postrimera hora: cuya lámina cifre desengaños, que en letras pocas lean muchos años.»

Del himno culto dio el último acento fin mudo al baile, al tiempo que seguida la novia sale de villanas ciento a la verde florida palizada, cual nueva Fénix en flamantes plumas matutinos del Sol rayos vestida, de cuanta surca el aire acompañada monarquía canora; y, vadeando nubes, las espumas del Rey corona de los otros ríos: en cuya

orilla el viento hereda ahora pequeños, no vacíos, de funerales bárbaros trofeos que el Egipto erigió a sus Ptolomeos.

Los árboles que el bosque habían fingido, umbroso Coliseo ya formando, despejan el ejido, olímpica palestra de valientes desnudos labradores. Llegó la desposada apenas, cuando feroz ardiente muestra hicieron dos robustos luchadores de sus músculos, menos defendidos del blanco lino que del vello obscuro.

Abrazáronse, pues, los dos, y luego — humo anhelando el que no suda fuego — de recíprocos nudos impedidos cual duros olmos de implicantes vides, yedra el uno es tenaz del otro muro.

Mañosos, al fin, hijos de la tierra, cuando fuertes no Aicides, procuran derribarse y, derribados, cual pinos se levantan arraigados en los profundos senos de la sierra.

Premio los honra igual. Y de otros cuatro ciñe las sienes gloriosa rama, con que se puso término a la lucha. Las dos partes rayaba del teatro el Sol, cuando arrogante joven llama al expedido salto la bárbara corona que le escucha.

Arras del animoso desafio un pardo gabán fue en el verde suelo, a quien se abaten ocho o diez soberbios montañeses, cual suele de lo alto calarse turba de invidiosas aves a los ojos de Ascálafo, vestido de perezosas plumas.

Quién, de graves piedras las duras manos impedido, su agilidad pondera; quién sus nervios desata estremeciéndose gallardo.

Besó la raya, pues, el pie desnudo del suelto mozo, y con airoso vuelo pisó del viento lo que del ejido tres veces ocupar pudiera un dardo. La admiración, vestida un mármol frío, apenas arquear las cejas pudo; la emulación, calzada un duro hielo, torpe se arraiga.

Bien que impulso noble de gloria, aunque villano, solicita a un vaquero de aquellos montes, grueso, membrudo, fuerte roble, que, ágil

a pesar de lo robusto, al aire se arrebata, violentando lo grave tanto, que lo precipita — ícaro montañés — su mismo peso, de la menuda hierba el seno blando piélago duro hecho a su ruina.

Si no tan corpulento, más adusto serrano le sucede, que iguala y aun excede al ayuno Leopardo, al Corcillo travieso, al Muflón Sardo que de las rocas trepa a la marina sin dejar ni aun pequeña del pie ligero bipartida seña.

Con más felicidad que el precedente, pisó las huellas casi del primero el adusto vaquero. Pasos otro dio al aire, al suelo coces.

Y premiados gradüalmente, advocaron a sí toda la gente — cierzos del llano y Austros de la sierra — mancebos tan veloces, que cuando Ceres más dora la tierra y argenta el mar desde sus grutas hondas Neptuno, sin fatiga su vago pie de pluma surcar pudiera mieses, pisar ondas; sin inclinar espiga, sin violar espuma.

Dos veces eran diez, y dirigidos a dos olmos que quieren, abrazados, ser palios verdes, ser frondosas metas, Salen cual de torcidos arcos, o nerviosos o acerados, con silbo igual, dos veces diez saetas.

No el polvo desparece el campo, que no pisan alas hierba; es el más torpe una herida cierva, el más tardo la vista desvanece, y, siguiendo al más lento, cojea el pensamiento.

El tercio casi de una milla era la prolija carrera que los Hercúleos troncos hace breves; pero las plantas leves de tres sueltos zagales la distancia sincopan tan iguales, que la atención confunden judiciosa.

De la Peneida virgen desdeñosa, los dulces fugitivos miembros bellos en la corteza no abrazó reciente más firme Apolo, más estrechamente, que de una y otra meta gloriosa las duras basas abrazaron ellos con triplicado nudo.

Árbitro Alcides en sus ramas, dudo que el caso decidiera, bien que su menor hoja un ojo fuera del lince más agudo.

En tanto, pues, que el palio neutro pende, y la carroza de la luz desciende a templarse en las ondas, Himeneo — por templar en los brazos el deseo del galán novio, de la esposa bella — los rayos anticipa de la estrella, cerúlea ahora, ya purpúrea guía de los dudosos términos del día.

El jüicio — al de todo, indeciso — del concurso ligero, el padrino con tres de limpio acero cuchillos corvos absolvello quiso.

Solícita Junón, Amor no omiso, al son de otra zampoña que conduce Ninfas bellas y Sátiros lascivos, los desposados a su casa vuelven, que coronada luce de estrellas fijas, de Astros fugitivos que en sonoroso humo se resuelven.

Llegó todo el lugar, y, despedido, casta Venus — que el lecho ha prevenido de las plumas que baten más suaves en su volante carro blancas aves — los novios entra en dura no estacada: que, siendo Amor una Deidad alada, bien previno la hija de la espuma a batallas de amor campo de pluma.

Soledad segunda

Éntrase el mar por un arroyo breve que a recibillo con sediento paso de su roca natal se precipita, y mucha sal no sólo en poco vaso, mas en su ruina bebe, y a su fin, cristalina mariposa — no alada, sino undosa —, en el farol de Tetis solicita.

Muros desmantelando, pues, de arena, centauro ya espumoso el océano — medio mar, medio ría — dos veces huella la campaña al día, escalar pretendiendo el monte en vano, de quien es dulce vena el tarde ya torrente arrepentido, y aun retrocedente.

Eral lozano así novillo tierno, de bien nacido cuerno mal lunada la frente, retrógrado cedió en desigual lucha a duro toro, aun contra el viento armado: No, pues, de otra manera a la violencia mucha del padre de las aguas, coronado de blancas ovas y de espuma verde, resiste obedeciendo, y tierra pierde.

En la incierta ribera — guarnición desigual a tanto espejo —, descubrió la alba a nuestro peregrino con todo el villanaje ultramarino, que a la fiesta nupcial, de verde tejo toldado, ya capaz tradujo pino. Los escollos el sol rayaba, cuando con remos gemidores, dos pobres, se aparecen, pescadores, nudos al mar, de cáñamo, fiando.

Ruiseñor en los bosques no más blando, el verde robre que es barquillo ahora, saludar vio la Aurora, que al uno en dulces quejas — y no pocas — ondas endurecer, liquidar rocas.

Señas mudas la dulce voz doliente permitió solamente a la turba, que dar quisiera voces a la que de un ancón segunda haya — cristal pisando azul con pies veloces — salió improvisa, de una y de otra playa vínculo desatado, inestable puente.

La prora diligente no sólo dirigió a la opuesta orilla, mas redujo la música barquilla, que en dos cuernos del mar caló no breves sus plomos graves y sus corchos leves.

Los senos ocupó del mayor leño la marítima tropa, usando al entrar todos cuantos les enseñó corteses modos en la lengua del agua ruda escuela, con nuestro forastero, que la popa del canoro escogió bajel pequeño.

Aquél, las ondas escarchando, vuela; éste, con perezoso movimiento, el mar encuentra, cuya espuma cana su parda aguda prora resplandeciente cuello hace de augusta Colla peruana a quien hilos el Sur tributó ciento de perlas cada hora.

Lágrimas no enjugó más de la aurora sobre violas negras la mañana, que arrolló su espolón con pompa vana caduco aljófar, pero aljófar bello. Dando el huésped licencia para ello, recurren no a las redes que, mayores, mucho océano y pocas aguas prenden, sino a las que ambiciosas menos penden, laberinto nudoso de marino.

Dédalo, si de leño no, de lino, fábrica escrupulosa, y aunque incierta, siempre murada, pero siempre abierta.

Liberalmente de los pescadores al deseo el estero corresponde, sin valelle al lascivo ostión el justo arnés de hueso, donde lisonja breve al gusto — mas incentiva — esconde: contagio original quizá de aquella que, siempre hija bella de los cristales, una venera fue su cuna.

Mallas visten de cáñamo al lenguado, mientras, en su piel lúbrica fiado, el congrio, que viscosamente liso las telas burlar quiso, tejido en ellas se quedó burlado.

Las redes califica menos gruesas, sin romper hilo alguno, pompa el salmón de las reales mesas, cuando no de los campos de Neptuno, y el travieso robalo, guloso, de los cónsules, regalo.

Éstos y muchos más, unos desnudos, otros de escamas fáciles armados, dio la ría pescados, que, nadando en un piélago de nudos, no agravan poco el negligente robre, espaciosamente dirigido al bienaventurado albergue pobre, que, de carrizos frágiles tejido, si fabricado no de gruesas cañas, bóvedas lo coronan de espadañas.

El peregrino, pues, haciendo en tanto instrumento el bajel, cuerdas los remos, al céfiro encomienda los extremos deste métrico llanto: «si de aire articulado no son dolientes lágrimas suaves estas mis quejas graves, voces de sangre, y sangre son del alma.

Fíelas de tu calma ¡oh mar! quien otra vez las ha fiado de su fortuna aun más que de su hado.»¡Oh mar, oh tú, supremo moderador piadoso de mis daños!

Tuyos serán mis años, en tabla redimidos poco fuerte de la bebida muerte, que ser quiso, en aquel peligro extremo, ella el forzado y su guadaña el remo.

»Regiones pise ajenas, o clima propio, planta mía perdida, tuya será mi vida, si vida me ha dejado que sea tuya quien me fuerza a que huya de su prisión, dejando mis cadenas rastro en tus ondas más que en tus arenas.

»Audaz mi pensamiento el cénit escaló, plumas vestido cuyo vuelo atrevido — si no ha dado su nombre a tus espumas — de sus vestidas plumas conservarán el desvanecimiento los anales diáfanos del viento»Esta, pues, culpa mía el timón alternar menos seguro y el báculo más duro un lustro ha hecho a mi dudosa mano, solicitando en vano las alas sepultar de mi osadía donde el Sol nace o donde muere el día.

»Muera, enemiga amada, muera mi culpa, y tu desdén le guarde, arrepentido tarde, suspiro que mi muerte haga leda, cuando no le su-

ceda, o por breve o por tibia o por cansada, lágrima antes enjuta que llorada.

»Naufragio ya segundo, o filos pongan de homicida hierro fin duro a mi destierro; tan generosa fe, no fácil onda, no poca tierra esconda: urna suya el océano profundo, y obeliscos los montes sean del mundo.

»Túmulo tanto debe agradecido Amor a mi pie errante; líquido, pues, diamante calle mis huesos, y elevada cima selle sí, mas no oprima, esta que le fiaré ceniza breve, si hay ondas mudas y si hay tierra leve».

No es sordo el mar: la erudición engaña. Bien que tal vez sañudo no oya al piloto, o le responda fiero, sereno disimula más orejas que sembró dulces quejas — canoro labrador — el forastero en su undosa campaña.

Espongioso, pues, se bebió y mudo el lagrimoso reconocimiento, de cuyos dulces números no poca concentuosa suma en los dos giros de invisible pluma que fingen sus dos alas hurtó el viento; eco — vestida una cavada roca — solicitó curiosa y guardó avara la más dulce — si no la menos clara — sílaba, siendo en tanto la vista de las chozas fin del canto.

Yace en el mar, si no continuada isla, mal de la tierra dividida, cuya forma tortuga es perezosa: díganlo cuantos siglos ha que nada sin besar de la playa espaciosa la arena, de las ondas repetida.

A pesar, pues, del agua que la oculta, concha, si mucha no, capaz ostenta de albergues, donde la humildad contenta mora, y Pomona se venera culta.

Dos son las chozas, pobre su artificio más aún que caduca su materia: de los mancebos dos, la mayor, cuna; de las redes la otra y su ejercicio, competente oficina.

Lo que agradable más se determina del breve islote, ocupa su fortuna, los extremos de fausto y de miseria moderando.

En la plancha los recibe el padre de los dos, émulo cano del sagrado Nereo, no ya tanto porque a la par de los escollos vive, porque en el mar preside comarcano al ejercicio piscatorio, cuanto por seis hijas, por seis deidades bellas, del cielo espumas y del mar estrellas.

Acogió al huésped con urbano estilo, y a su voz, que los juncos obedecen, tres hijas suyas cándidas le ofrecen, que engaños construyendo están de hilo.

El huerto le da esotras, a quien debe si púrpura la rosa, el lilio nieve, de jardín culto así en fingida gruta, salteó al labrador pluvia improvisa de cristales inciertos, a la seña, o a la que torció, llave, el fontanero: urna de Acuario, la imitada peña le embiste incauto, y si con pie grosero para la fuga apela, nubes pisa, burlándolo aun la parte más enjuta.

La vista saltearon poco menos del huésped admirado las no líquidas perlas que, al momento, a los corteses juncos — por que el viento nudos les halle un día, bien que ajenos — el cáñamo remiten, anudado.

Y de Vertumno al término labrado el breve hierro, cuyo corvo diente las plantas le mordía cultamente.

Ponderador saluda afectuoso del esplendor que admira el extranjero al Sol, en seis luceros dividido; y — honestamente al fin correspondido del coro vergonzoso — al viejo sigue, que prudente ordena los términos confunda de la cena la comida prolija de pescados, raros muchos, y todos no comprados, impidiéndole el día al forastero, con dilaciones sordas le divierte entre unos verdes carrizales, donde armonioso número se esconde de blancos cisnes, de la misma suerte que gallinas domésticas al grano, a la voz concurrientes del anciano.

En la más seca, en la más limpia anea vivificando están muchos sus huevos, y mientras dulce aquél su muerte anuncia entre la verde juncia, sus pollos éste al mar conduce nuevos, de Espío y de Nerea — cuando más oscurecen las espumas — nevada invidia, sus nevadas plumas.

Hermana de Faetón, verde el cabello, les ofrece el que, joven ya gallardo, de flexuosas mimbres garbín pardo tosco le ha encordonado, pero bello. Lo más liso trepó, lo más sublime venció su agilidad, y artificiosa tejió en sus ramas inconstantes nidos, donde celosa arrulla y ronca gime la ave lasciva de la cipria diosa.

Mástiles coronó menos crecido gavia no tan capaz: extraño todo, el designio, la fábrica y el modo. A pocos pasos le admiró no menos Montecillo, las sienes laureado, traviesos despidiendo moradores de sus confusos senos, conejuelos, que, el viento consultado, salieron retozando a pisar flores: el más tímido, al fin, más ignorante del plomo fulminante.

Cóncavo frexno — a quien gracioso indulto de su caduco natural permite que a la encina vivaz robusto imite y hueco exceda al alcornoque inculto — verde era pompa de un vallete oculto, cuando frondoso alcázar no, de aquella, que sin corona vuela y sin espada, susurrante amazona, Dido alada, de ejército más casto, de más bella república, ceñida, en vez de muros, de cortezas; en esta, pues, Cartago reina la abeja, oro brillando vago, o el jugo beba de los aires puros, o el sudor de los cielos, cuando liba de las mudas estrellas la saliva;

Burgo eran suyo el tronco informe, el breve Corcho, y moradas pobres sus vacíos, del que más solicita los desvíos de la isla, plebeyo enjambre leve.

Llegaron luego donde al mar se atreve, si promontorio no, un cerro elevado, de cabras estrellado, iguales, aunque pocas, a la que — imagen décima del cielo — flores su cuerno es, rayos su pelo.

«Éstas, dijo el isleño venerable, y aquéllas que, pendientes de las rocas, tres o cuatro desean para ciento — redil las ondas y pastor el viento — libres discurren, su nocivo diente paz hecha con las plantas inviolable».

Estimado seguía el peregrino al venerable isleño, de muchos pocos numeroso dueño, cuando los suyos enfrenó de un pino el pie villano, que groseramente los cristales pisaba de una fuente.

Ella, pues, sierpe y sierpe al fin pisada — aljófar vomitando fugitivo en lugar de veneno —, torcida esconde, ya que no enroscada, las flores, que de un parto dio lascivo aura fecunda al matizado seno del huerto, en cuyos troncos se desata de las escamas que vistió de plata.

Seis chopos, de seis yedras abrazados, tirsos eran del griego dios, nacido segunda vez, que en pámpanos desmiente los cuernos de su frente; y cual mancebos tejen anudados, festivos corros en alegre ejido, coronan ellos el encanecido suelo de lilios, que en fragantes copos nevó el mayo, a pesar de los seis chopos.

Este sitio las bellas seis hermanas Escogen, agraviando en breve espacio mucha primavera con las mesas, cortezas ya livianas del árbol que ofreció a la edad primera duro alimento, pero sueño blando. Nieve hilada, y por sus manos bellas caseramente a telas reducida, manteles blancos fueron.

Sentados, pues, sin ceremonias, ellas en torneado frexno la comida con silencio sirvieron.

Rompida el agua en las menudas piedras, cristalina sonante era tiorba, y las confusamente acordes aves entre las verdes roscas de las yedras muchas eran, y muchas veces nueve aladas musas, que — de pluma leve engañada su oculta lira corva — metros inciertos sí, pero suaves, en idiomas cantan diferentes; mientras cenando en pórfidos lucientes, lisonjean apenas al Júpiter marino tres sirenas.

Comieron, pues, y rudamente dadas gracias el pescador a la divina próvida mano, «¡Oh bien vividos años! ¡Oh canas —dijo el huésped— no peinadas con boj dentado o con rayada espina, sino con verdaderos desengaños!

Pisad dichoso esta esmeralda bruta, en mármol engastada siempre undoso, jubilando la red en los que os restan felices años, y la humedecida o poco rato enjuta próxima arena de esa opuesta playa, la remota Cambaya sea de hoy más a vuestro leño ocioso; y el mar que os la divide, cuanto cuestan océano importuno a las Quinas —del viento aun veneradas— Sus ardientes veneros, su esfera lapidosa de luceros.

Del pobre albergue a la barquilla pobre geómetra prudente el orbe mida vuestra planta, impedida —si de púrpuras conchas, no istriadas— de trágicas ruinas de alto robre, que —el tridente acusando de Neptuno— menos quizá dio astillas que ejemplos de dolor a estas orillas».

«Días ha muchos, oh mancebo —dijo el pescador anciano—, que en el uno cedí y el otro hermano el duro remo, el cáñamo prolijo; muchos ha dulces días que cisnes me recuerdan a la hora que huyendo la Aurora las canas de Titón, halla las mías, a pesar de mi edad, no en la alta cumbre de aquel morro difícil, cuyas rocas tarde o nunca pisaron cabras pocas, y milano venció con pesadumbre, sino desotro escollo al mar pendiente; de donde ese teatro de Fortuna descubro, ese voraz, ese profundo campo ya de sepulcros, que, sediento, cuanto, en vasos de abeto, nuevo mundo —tributos digo américos— se bebe en túmulos de espuma paga breve.

Bárbaro observador, mas diligente, de las inciertas formas de la Luna, a cada conjunción su pesquería, y a cada pesquería su instrumento —más o menos nudoso— atribuido, mis hijos dos en un batel despido, que, el mar cribando en redes no comunes, vieras intempes-

tivos algún día — entre un vulgo nadante, digno apenas de escama, cuanto más de nombre — atunes vomitar hondas y azotar arenas.

»Tal vez desde los muros destas rocas cazar a Tetis veo y pescar a Diana en dos barquillas; náuticas venatorias maravillas de mis hijas oirás, ambiguo coro, menos de aljaba que de red armado, de cuyo, si no alado, arpón vibrante, supo mal Proteo en globos de agua redimir sus focas.

»Torpe la más veloz, marino toro, torpe, mas toro al fin, que el mar violado de la púrpura viendo de sus venas bufando mide el campo de las ondas con la animosa cuerda, que prolija al hierro sigue que en la foca huye, o grutas ya la privilegien hondas, o escollos desta isla divididos: laquesis nueva mi gallarda hija, si Cloto no de la escamada fiera, ya hila, ya devana su carrera, cuando desatinada pide, o cuando vencida restituye los términos de cáñamo pedidos.

»Rindióse al fin la bestia, y las almenas de las sublimes rocas salpicando, las peñas embistió peña escamada, en ríos de agua y sangre desatada.»Éfire luego — la que en el torcido luciente nácar te sirvió no poca risueña parte de la dulce fuente — de Filódoces émula valiente, cuya asta breve desangró la foca, el cabello en estambre azul cogido — celoso alcaide de sus trenzas de oro — el segundo bajel se engolfó sola.

»¡Cuántas voces le di!

¡Cuántas en vano tiernas derramé lágrimas, temiendo, no al fiero tiburón, verdugo horrendo del náufrago ambicioso mercadante, ni al otro cuyo nombre espada es tantas veces esgrimida contra mis redes ya, contra mi vida; sino algún siempre verde, siempre cano sátiro de las aguas, petulante violador del virginal decoro, marino dios, que, el vulto feroz hombre, corvo es delfín la cola.

»Sorda a mis voces, pues, ciega a mi llanto, abrazado, si bien de fácil cuerda, un plomo fió grave a un corcho leve; que algunas veces despedido cuanto — penda o nade — la vista no le pierda, el golpe solicita, el bulto mueve prodigiosos moradores ciento del líquido elemento.

»Láminas uno de viscoso acero — rebelde aun al diamante — el duro lomo hasta el luciente bipartido extremo de la cola vestido, solicitado sale del ruido; y al cebarse en el cómplice ligero del suspendido plomo, éfire, en cuya mano al flaco remo un fuerte dardo había sucedido, de la mano a las ondas gemir hizo el aire con el frexno arrojadizo; de las ondas al pez, con vuelo mudo, Deidad dirigió amante el hierro agudo: entre una y otra lámina, salida la sangre halló por do la muerte entrada.

»Onda, pues, sobre onda levantada, montes de espuma concitó herida la fiera, horror del agua, cometiendo ya a la violencia, ya a la fuga el modo de sacudir el asta, que, alterando el abismo o discurriendo el océano todo, no perdona al acero que la engasta.

»Éfire en tanto al cáñamo torcido el cabo rompió, y — bien que al ciervo herido el can sobra, siguiéndole la flecha — Volvíase, mas no muy satisfecha, cuando cerca de aquel peinado escollo hervir las olas vio templadamente, bien que haciendo círculos perfetos; escogió, pues, de cuatro o cinco abetos el de cuchilla más resplandeciente, que atravesado remolcó un gran sollo.

»Desembarcó triunfando, y aun el siguiente Sol no vimos, cuando en la ribera vimos convecina dado al través el monstruo, donde apenas su género noticia, pías arenas en tanta playa halló tanta ruina»

Aura en esto marina el discurso y el día juntamente trémula, si veloz, les arrebata, alas batiendo líquidas, y en ellas dulcísimas querellas de pescadores dos, de dos amantes en redes ambos y en edad iguales.

Dividiendo cristales, en la mitad de un óvalo de plata, venía a tiempo el nieto de la espuma que los mancebos daban alternantes al viento quejas. Órganos de pluma — aves digo de Leda — tales no oyó el Caístro en su arboleda, tales no vio el Meandro en su corriente.

Inficionando, pues, suavemente las ondas el Amor, sus flechas remos, hasta donde se besan los extremos de la isla y del agua no los deja.

Lícidas, gloria en tanto de la playa, Micón de sus arenas — invidia de sirenas, convocación su canto de músicos delfines, aunque mudos — en números no rudos el primero se queja de la culta Leucipe, décimo esplendor bello de Aganipe; de Cloris el segundo, escollo de cristal, meta del mundo.

Lícidas «¿a qué piensas, barquilla, pobre ya cuna de mi edad primera, que cisne te conduzgo a esta ribera? A cantar dulce, y a morirme luego. Si te perdona el fuego que mis huesos vinculan, en su orilla, tumba te bese el mar, vuelta la quilla».

Micón «cansado leño mío, hijo del bosque y padre de mi vida — de tus remos ahora conducida a desatarse en lágrimas cantando —, el doliente, si blando, curso del llanto métrico te fío, nadante urna de canoro río».

Lícidas «las rugosas veneras — fecundas no de aljófar blanco el seno, ni del que enciende el mar tirio veneno — entre crespos buscaba, caracoles, cuando de tus dos soles fulminado, ya señas no ligeras de mis cenizas dieron tus riberas».

Micón «distinguir sabía apenas el menor leño de la mayor urca que velera un Neptuno y otro surca, y tus prisiones ya arrastraba graves; si dudas lo que sabes, lee cuanto han impreso en tus arenas, a pesar de los vientos, mis cadenas».

Lícidas «las que el cielo mercedes hizo a mi forma ¡oh dulce mi enemiga! Lisonja no, serenidad lo diga de limpia consultada ya laguna, y los de mi fortuna privilegios, el mar a quien di redes, más que a la selva lazos Ganimedes».

Micón «no ondas, no luciente cristal — agua al fin dulcemente dura —: invidia califique mi figura de musculosos jóvenes desnudos. Menos dio al bosque nudos que yo al mar, el que a un dios hizo valiente Mentir cerdas, celoso espumar diente».

Lícidas «cuantos pedernal duro bruñe nácares boto, agudo raya en la oficina undosa de esta playa, tantos Palemo a su Licore bella suspende, y tantos ella al flaco da, que me construyen, muro, junco frágil, carrizo mal seguro».

Micón «las siempre desiguales blancas primero ramas, después rojas, de árbol que nadante ignoró hojas, trompa Tritón del agua a la alta gruta de Nísida tributa, Ninfa por quien lucientes son corales los rudos troncos hoy de mis umbrales».

Lícidas «ésta, en plantas no escrita, en piedras sí, firmeza honre Himeneo, calzándole talares mi deseo: que el tiempo vuela. Goza, pues, ahora los lilios de tu aurora, que al tramontar del Sol mal solicita abeja, aun negligente, flor marchita».

Micón «si fe tanta no en vano desafía las rocas donde, impresa, con labio alterno mucho mar la besa, nupcial la califique tea luciente. Mira que la edad miente, mira que del almendro más lozano parca es interior breve gusano».

Invidia convocaba, si no celo, al balcón de zafiro las claras, aunque etíopes, estrellas, y las Osas dos bellas, sediento siempre tiro del carro perezoso, honor del cielo; mas ¡ay! que del ruido de la sonante esfera, a la una luciente y otra fiera el piscatorio cántico impedido, con

las prendas bajaran de Cefeo a las vedadas ondas, si Tetis no, desde sus grutas hondas, enfrenara el deseo.

¡Oh, cuánta al peregrino el amebeo alterno canto dulce fue lisonja! ¿Qué mucho, si avarienta ha sido esponja del néctar numeroso el escollo más duro? ¿Qué mucho, si el candor bebió ya puro de la virginal copia en la armonía el veneno del ciego ingenioso que dictaba los números que oía?

Generosos afectos de una pía doliente afinidad — bien que amorosa por bella más, por más divina parte — solicitan su pecho a que, sin arte de colores prolijos, en oración impetre oficiosa del venerable isleño que admita yernos los que el trato hijos litoral hizo, aun antes que el convecino ardor dulces amantes.

Concedióloriseño, del forastero agradecidamente y de sus propios hijos abrazado. Mercurio destas nuevas diligente, coronados traslada de favores de sus barcas Amor los pescadores al flaco pie del suegro deseado.

¡Oh del ave de Júpiter vendado pollo — si alado, no, lince sin vista — político rapaz, cuya prudente disposición especuló estadista clarísimo ninguno de los que el reino muran de Neptuno!

¡Cuán dulces te adjudicas ocasiones para favorecer, no a dos supremos de los volubles polos ciudadanos, sino a dos entre cáñamo garzones! ¿Por qué? Por escultores quizá vanos de tantos de tu madre bultos canos cuantas al mar espumas dan sus remos.

Al peregrino por tu causa vemos alcázares dejar, donde, excedida de la sublimidad la vista, apela para su hermosura; en que la arquitectura a la geometría se rebela, jaspes calzada y pórfidos vestida. Pobre choza, de redes impedida, entra ahora, ¡y lo dejas!

¡Vuela, rapaz, y, plumas dando a quejas, los dos reduce al uno y otro leño, mientras perdona tu rigor al sueño!

Las horas ya, de números vestidas, al bayo, cuando no esplendor overo del luminoso tiro, las pendientes ponían de crisólitos lucientes, coyundas impedidas, mientras de su barraca el extranjero dulcemente salía despedido a la barquilla, donde le esperaban a un remo cada joven ofrecido.

Dejaron, pues, las azotadas rocas que mal las ondas lavan del livor aun purpúreo de las focas, y de la firme tierra el heno blando con las palas segando en la cumbre modesta de una desigualdad del horizonte, que deja de ser monte por ser culta floresta, antiguo descubrieron blanco muro, por sus piedras no menos que por su edad majestuosa cano; mármol al fin tan por lo pario puro, que al peregrino sus ocultos senos negar pudiera en vano.

Cuantas del océano el Sol trenzas desata contaba en los rayados capiteles, que — espejos, aunque esféricos, fieles — bruñidos eran óvalos de plata.

La admiración que al arte se le debe, áncora del batel fue, perdonando poco a lo fuerte, y a lo bello nada del edificio, cuando ronca les salteó trompa sonante, al principio distante, vecina luego, pero siempre incierta.

Llave de la alta puerta el duro son — vencido el foso breve — levadiza ofreció puente no leve, tropa inquieta contra el aire armada, lisonja, si confusa, regulada su orden de la vista, y del oído su agradable ruido, verde, no mudo coro de cazadores era, cuyo número indigna la ribera.

Al Sol levantó apenas la ancha frente el veloz hijo ardiente del céfiro lascivo — cuya fecunda madre al genitivo soplo vistiendo miembros, Guadalete florida ambrosía al viento dio jinete —, que a mucho humo abriendo la fogosa nariz, en un sonoro relincho y otro saludó sus rayos, los overos, si no esplendores bayos, que conducen el día, les responden, la eclíptica ascendiendo.

Entre el confuso, pues, celoso estruendo de los caballos, ruda hace armonía, cuanta la generosa cetrería, desde la Mauritania a la Noruega, insidia ceba alada, sin luz, no siempre ciega, sin libertad, no siempre aprisionada, que a ver el día vuelve las veces que, en fiado al viento dada, repite su prisión y al viento absuelve, el neblí, que, relámpago su pluma, rayo su garra, su ignorado nido, o lo esconde el Olimpo o densa es nube que pisa, cuando sube tras la garza argentada, el pie de espuma.

El sacre, las del Noto alas vestido, Sangriento chipriota, aunque nacido con las palomas, Venus, de tu carro. El girifalte, escándalo bizarro del aire, honor robusto de Gelanda, si bien jayán de cuanto rapaz vuela, corvo acero su pie, flaca pihuela de piel lo impide blanda.

El baharí, a quien fue en España cuna del Pirineo la ceniza verde o la alta basa que el océano muerde de la egipcia coluna.

La delicia volante de cuantos ciñen líbico turbante, el borní, cuya ala en los campos tal vez de Meliona galán siguió valiente, fatigando tímida liebre, cuando, itempestiva salteó leona la melionesa gala, que de trágica escena mucho teatro hizo poca arena.

Tú, infestador, en nuestra Europa nuevo, de las aves nacido, aleto, donde entre las conchas hoy del Sur esconde sus muchos años Febo, ¿debes por dicha cebo? ¿Templarte supo, di, bárbara mano al insultar los aires?

Yo lo dudo, que al preciosamente inca desnudo y al de plumas vestido mejicano, fraude vulgar, no industria generosa, del águila les dio a la mariposa.

De un mancebo serrano el duro brazo débil hace junco, examinando con el pico adunco sus pardas plumas, el azor britano, tardo, mas generoso terror de tu sobrino ingenioso, ya invidia tuya, Dédalo, ave ahora, cuyo pie tiria púrpura colora.

Grave, de perezosas plumas globo, que a luz le condenó incierta la ira del bello de la estigia deidad robo, desde el guante hasta el hombre a un joven cela: esta emulación, pues, de cuanto vuela por dos topacios bellos con que mira, término torpe era de pompa tan ligera.

Can, de lanas prolijo, que animoso buzo será, bien de profunda ría, bien de serena playa, cuando la fulminada prisión caya del neblí — a cuyo vuelo, tan vecino a su cielo, el cisne perdonara, luminoso —, número y confusión gimiendo hacía en la vistosa laja para él grave: que aun de seda no hay vínculo süave.

En sangre claro, y en persona augusto, si en miembros no robusto, Príncipe les sucede, abreviada en modestia civil real grandeza.

La espumosa del Betis ligereza bebió no sólo, mas la desatada majestad en sus ondas, el luciente caballo que colérico mordía el oro que süave lo enfrenaba, arrogante, y no ya por las que daba estrellas su cerúlea piel al día, sino por lo que siente de esclarecido y aun de soberano en la rienda que besa la alta mano, de cetro digna.

Lúbrica no tanto culebra se desliza tortuosa por el pendiente calvo escollo, cuanto la escuadra descendía presurosa por el peinado cerro a la campaña, que al mar debe con término prescripto más sabandijas de cristal que a Egipto horrores deja el Nilo que lo baña.

Rebelde ninfa, humilde ahora caña, los márgenes oculta de una laguna breve, a quien doral consulta aun el copo más leve de su volante nieve. Ocioso, pues, o de su fin presago, los filos con el pico prevenía de cuanto sus dos alas aquel día al viento esgrimirán cuchillo vago.

La turba aun no del apacible lago las orlas inquieta, que tímido perdona a sus cristales el doral. Despedida no saeta de nervios partos igualar presuma sus puntas desiguales, que en vano podrá pluma vestir un leño como viste un ala.

Puesto en tiempo, corona, si no escala, las nubes — desmintiendo su libertad el grillo torneado que en sonoro metal lo va siguiendo — un baharí templado, a quien el mismo escollo — a pesar de sus pinos, eminente — el primer vello le concedió pollo, que al Betis las primeras ondas fuente.

No sólo, no, del pájaro pendiente, las caladas registra el peregrino, mas del terreno cuenta cristalino los juncos más pequeños, verdes hilos de ajófares risueños.

Rápido al español alado mira peinar el aire por cardar el vuelo, cuya vestida nieve anima un hielo que torpe a unos carrizos lo retira, infieles por raros, si firmes no por trémulos reparos.

Penetra, pues, sus inconstantes senos, estimándolos menos entredichos que el viento; mas a su daño el escuadrón atento, expulso le remite a quien en suma un grillo y otro enmudeció en su pluma.

Cobrado el baharí, en su propio luto, o el insulto acusaba precedente, o entre la verde hierba avara escondía cuerva purpúreo caracol, émulo bruto del rubí más ardiente, cuando, solicitada del ruido, el nácar a las flores fía torcido, y con siniestra voz convoca cuanta negra de cuervas suma infamó la verdura con su pluma, con su número el Sol.

En sombra tanta alas desplegó Ascálafo prolijas, verde poso ocupando, que de césped ya blando, jaspe lo han hecho duro blancas guijas.

Más tardó en desplegar sus plumas graves el deforme fiscal de Proserpina, que en desatarse, al polo ya vecina, la disonante niebla de las aves; diez a diez se calaron, ciento a ciento, al oro intuitivo, invidiado deste género alado, si como ingrato no, como avariento, que a las estrellas hoy del firmamento se atreviera su vuelo en cuanto ojos del cielo.

Poca palestra la región vacía de tanta invidia era, mientras, desenlazado la cimera, restituyen el día a un girifalte, boreal arpía, que, despreciando la mentida nube, a luz más cierta sube, cénit ya de la turba fugitiva.

Auxiliar taladra el aire luego un duro sacre, en globos no de fuego, en oblicuos sí engaños mintiendo remisión a las que huyen, si la distancia es mucha: griego al fin.

Una en tanto, que de arriba Descendió fulminada en poco humo, apenas el latón segundo escucha, que del inferior peligro al sumo apela, entre los trópicos grifaños que su eclíptica incluyen, repitiendo confusa lo que tímida excusa.

Breve esfera de viento, negra circunvestida piel, al duro alterno impulso de valientes palas, la avecilla parece, en el de muros líquidos que ofrece corredor el diáfano elemento al gémino rigor, en cuyas alas su vista libra toda el extranjero.

Tirano el sacre de lo menos puro desta primer región, sañudo espera la desplumada ya, la breve esfera, que, a un bote corvo del fatal acero, dejó al viento, si no restituido, heredado en el último graznido.

Destos pendientes agradables casos vencida se apeó la vista apenas, que del batel, cosido con la playa, cuantos da la cansada turba pasos, tantos en las arenas el remo perezosamente raya, a la solicitud de una atalaya atento, a quien doctrina ya cetrera llamó catarribera.

Ruda en esto política, agregados tan mal ofrece como construidos bucólicos albergues, si no flacas piscatorias barracas, que pacen campos, que penetran senos, de las ondas no menos aquéllos perdonados que de la tierra éstos admitidos.

Pollos, si de las propias no vestidos, de las maternas plumas abrigados, vecinos eran destas alquerías, mientras ocupan a sus naturales, glauco en las aguas, y en las hierbas Pales.

¡Oh cuántas cometer piraterías un corsario intentó y otro volante — uno y otro rapaz digo milano —, bien que todas en vano, contra la infantería, que piante en su madre se esconde, donde halla voz que es trompeta, pluma que es muralla.

A media rienda en tanto el anhelante caballo — que el ardiente sudor niega en cuantas le densó nieblas su aliento — a los indignos de ser muros llega céspedes, de las ovas mal atados. Aunque ociosos, no menos fatigados, quejándose venían sobre el guante los raudos torbellinos de Noruega.

Con sordo luego estrépito despliega — injuria de la luz, horror del viento — sus alas el testigo que en prolija desconfianza a la sicana diosa dejó sin dulce hija y a la estigia deidad con bella esposa.